

RUFINO BLANCO-FOMBONA

Tema: "La Inteligencia de Bolívar"
27 de septiembre de 1939

Señores Académicos:

Señores:

No necesito esforzarme mucho para que me creáis. El honor insigne que significa el verse elegido como compañero de tanto hombre eminente por el saber, el patriotismo y las virtudes, desvanecería a cualquiera otro que no poseyese, como yo creo poseer, conciencia clara de su poquedad en relación con la Academia Nacional de la Historia. Sólo vuestra benevolencia, señores Académicos, tan grande como vuestra importancia personal y colectiva, ha podido elevarme hasta vosotros.

Y este honor se magnifica en mi espíritu al pensar que ocuparé el sillón que deja vacante académico tan ilustre como el Doctor Carlos F. Grisanti. Grisanti fue, en efecto, un buen ciudadano, un docto académico, un dechado de patriotismo, jurisconsulto, legislador y diplomático que pasó la vida en servicio de Venezuela y que honró a Venezuela con su ciencia, con su experiencia, con su ejemplaridad y con sus virtudes. A un hombre así no se le reemplaza, aunque se ocupe su puesto. Yo no pretendo sino seguir su fecundo ejemplo, aunque de lejos, y contribuir con mi pequeña colaboración de espíritu y mi buena voluntad a no empañar el lustre que Grisanti dio a este Sillón académico.

LA INTELIGENCIA EN BOLÍVAR

Exagerado en todo, lo fue también en inteligencia. Mantiene en perfecto equilibrio de exageración su inteligencia, su voluntad, su previsión, su ambición, su pugnacidad, su elocuencia y aun su mordacidad.

La inteligencia se descompone en cinco aptitudes intelectuales superlativamente desarrolladas en el Libertador: la memoria, la imaginación, la atención, la inspiración, y el juicio. Su espíritu se manifiesta a menudo por intuiciones, como en la carta de Jamaica; pero el espíritu de análisis lo acompaña en obras decisivas como el Mensaje de Angostura en 1819 y el Mensaje al Congreso de Bolivia sobre la Constitución boliviana en 1826, demostrando, según las circunstancias, capacidades que parecen excluirse.

Su inteligencia aparece fulminante en la concepción, brillante en la expresión y original en la orientación. Aun en materias que no tiene por qué haber estudiado a fondo como el Derecho y que se prestan poco a la inspiración y a la originalidad, deja su huella. "Es el único que completó a Montesquieu —escribe un tratadista de Derecho Constitucional— agregando a las tres ramas en que el filósofo de Francia divide el Poder Público, el Poder Electoral o Electorado."¹

Su inteligencia no se externa por sugestión de otras inteligencias, sino en contacto con las realidades; así se explica su proyecto de Senado hereditario, y su institución del Poder Moral, tan combatidos ambos por los demás revolucionarios de entonces y por los

¹ E. M. DE HOSTOS, *Lecciones de Derecho Constitucional*. Ollendorff, París, 1908.

revolucionarios teóricos de más tarde. Tenían por objeto, el uno, crear elementos de Gobierno donde no los había; y el otro, echar bases morales en una sociedad desmoralizada —y no transitoriamente—. "Tengo poca fe en la moral de nuestros conciudadanos", pensaba. La historia de América durante el siglo XIX prueba que los conocía. La inteligencia de Bolívar no pertenece al género femenino de los cerebros que necesitan para concebir la excitación y procreación ajenas: su talento es espontáneo, original, masculino, virgíneo, creador. En suma, genial.

La memoria le sirve a maravilla. Se acuerda de todo, lo sabe todo. Pasados sus primeros arrebatos y sus campañas de pura audacia ha aprendido en la Escuela de las realidades lo que hay que aprender. Sabe qué localidad que vio un día, le conviene para batir al adversario. "Aquí atraeré al enemigo y aquí lo batiré", dijo refiriéndose a la sabana de Carabobo. Tiempo después, así lo hizo.

Sus discursos aparecen llenos de citas, a veces excesivas. Nunca le falta en la conversación el recuerdo oportuno y la anécdota ilustrativa o amena. Cuando llega a Bogotá, en 1819, después del segundo Paso de los Andes y de la batalla de Boyacá, saluda por su nombre a todo el mundo, incluso a personas de segundo orden que había conocido durante su breve estada allí a fines de 1814. Algunas de aquellas personas no las había visto quizá sino una sola vez.²

A casi todos los soldados del Ejército Libertador los conoce por su nombre y apellido; recuerda de qué país son naturales y algunos de los pequeños problemas que les

² Don Juan Pablo Carrasquilla, de Colombia, refería ya anciano sus recuerdos del año 1819. Un día contó detalles de la entrada del Libertador en Bogotá a sus compatriotas Dr. Nicolás F. Villa y D. Alejandro Barrientos. Éste ha conservado por escrito la relación del anciano Carrasquilla, narración que se acuerda con los documentos e historias de la época. El 7 de agosto de 1819 ocurrió la batalla de Boyacá. Bolívar se adelantó casi solo y casi solo entró en Santa Fe de Bogotá, abandonada por el virrey Sámano. Entró el 10 de agosto, a las cinco de la tarde y fue a desmontarse, como a su casa, al Palacio Virreinal.

Oigamos al anciano Carrasquilla:

"Yo estuve presente cuando llegó el Libertador al Palacio. Se desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima, pues saludaba por su nombre y apellidos a quien había conocido en 1814. Sus movimientos eran airosos y desembarazados. Vestía casaca de paño negro, de las llamadas cola de pajarito, calzón de cambrun blanco, botas de caballería, corbatín de cuero y morrión de lo mismo. Tenía la piel tostada por el sol de los Llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados. Los ojos negros, penetrantes, y de una movilidad eléctrica. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas, claras y lógicas. Se informaba sobre los pormenores del suplicio del Dr. Camilo Torres y de D. Manuel Bernardo Álvarez. De este último dijo que le había pronosticado el año 14 que sería fusilado por los españoles. Su inquietud y movilidad eran extraordinarias. Cuando hablaba o preguntaba, cogía con las dos manos las solapas del frac; cuando escuchaba a alguien cruzaba los brazos. Yo me colocaba detrás de los grupos de las personas que hablaban con el Libertador, para no perder palabra ni movimiento del hombre portentoso.

Cuando uno de los caballeros que estaban encargados del arreglo del salón y del aposento para el Libertador, vino a decirle que siendo ya tarde y debiendo estar fatigado del viaje, quizás querría retirarse a descansar, le contestó:

—No, absolutamente; no siento fatiga alguna.

—Pero Su Excelencia ha andado mucho a caballo hoy.

—Montar a caballo no me fatiga.

—¿A Su Excelencia le gusta andar a caballo?

—Bastante; pero no es tanto lo que me gusta montar a caballo, cuanto lo que me desagrada andar a pie.

—Ese gusto como que lo tenemos todos.

—No todos. En Jamaica conocí a un inglés que montaba a caballo por tener el gusto de apearse; y no usaba sino una espuela, porque decía que si lograba hacer andar al caballo por un lado, el otro no se quedaba atrás. Así era la conversación familiar de Bolívar, ligera, graciosa y llena de viveza y animación."

interesan. Habla con ellos y cada uno supone que su persona y su caso le merecen atención especial. Esto y el ser generoso con ellos y el ser más riguroso con la oficialidad que con la tropa, le granjeaban el afecto del soldado raso. El ejército, en general, lo adoraba, y tenía ciega confianza en él, aunque no siempre fue así: hacia 1817, a causa de repetidos reveses, se creía que su estrella era fatal. Los émulos explotaban semejante prevención. Él se propuso cambiar aquella fama pésima en prestigio y lo consiguió. (*Diario de Bucaramanga*). Trabajo le costó. Y sacrificios de amor propio.

Inquieta constantemente y recuerda cuántos informes se le suministran sobre personas, regiones, asuntos, países. Los observa con suma atención y extrae de todo aquello lo que conviene a su obra o lo que puede perjudicarla.

"Desde la extremidad septentrional de Colombia hasta el Potosí —refiere uno de sus oficiales— éranle familiares cada lugar y sus producciones y hasta sus individuos, costumbres, hábitos e inclinaciones.

"En sus constantes marchas por todas aquellas comarcas, procuraba con insaciable curiosidad informarse aun de objetos al parecer indiferentes, indagándolo todo, todo de los habitantes cuya profesión o situación los ponía más en aptitud de suministrarle informes satisfactorios. Fatigaba a los Abogados y Médicos con preguntas sobre puntos profesionales, e inquiría de los Párrocos la naturaleza de los crímenes secretos más frecuentes en sus feligresías, según las revelaciones que se les hubiera hecho en el confesionario." (*O'Leary: Memorias.*)

Así, pues, cuando legislaba o defendía su legislación sabía lo que estaba haciendo, por el conocimiento directo de la realidad, que los rúbulas y leguleyos de los congresos ignoraban u olvidaban. Así bordan en el vacío legislaciones impecables, con el solo defecto de no convenir a menudo, o no ser posible a la realidad americana de entonces.

Bolívar confesaba con franqueza su pesimismo respecto a la capacidad y moralidad de los americanos. Y procuraba corregirlos, reformarlos. De ahí su empeño por multiplicar las escuelas y difundir la enseñanza; de ahí la idea de una moralidad compulsiva, por medio del Poder Moral. Recuérdese cómo explica la creación del Poder Moral al inglés Don Guillermo White: "Tenga Vd. la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender a sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba que yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos y sin moral republicana no puede haber gobierno libre. Para formar esta moral he inventado un cuarto Poder, que críe a los hombres en la virtud y los mantenga en ella..."³

Y ascendiendo del caso particular de Colombia, a las ideas generales, agrega:

"¿A qué no se han sometido los hombres? ¿A qué no se someterán? Si hay alguna violencia justa es aquella que se emplea en hacer a los hombres buenos y, por consiguiente, felices. No hay libertad legítima sino cuando ésta se dirige a honrar a la humanidad y a perfeccionarle su suerte."⁴

La cita no resulta extemporánea. Ilustra el caso. La curiosidad, la memoria y la atención le servían como factores del conocimiento; y se advierte en toda su obra intelectual que el juicio —el ejercicio de la inteligencia— era seguro y adscrito a las realidades. De eso a los vacuos declamadores revolucionarios del tipo Robespierre hay un abismo.

³ Carta de Bolívar a D. Guillermo White, 26 de mayo de 1820.

⁴ Carta a Guillermo White, 26 de mayo de 1820

La imaginación no es en Bolívar menos vigorosa que la memoria y la atención. Piensa a menudo como los poetas, por imágenes. No es necesario referirse a aquel romántico y fantasista *Delirio en el Chimborazo*; basta leer cualquier carta suya, aun documentos políticos, para cerciorarse de que su imaginación es la de un poeta. Se produce a veces como un poeta filósofo, a la manera de Guyau; y se comprende que admirase tanto, en su juventud, a Juan Jacobo.

La originalidad de las concepciones proviene de la inspiración; y la inspiración, en Bolívar como en todo el mundo, de una fuerte emotividad, de una emoción que solicita exteriorizarse.

La emotividad trata de traducirse en actos y no se pone a escoger métodos conocidos sino que va creando los propios, de acuerdo con su duración. Mientras más intensa sea la emoción y mejor dotado el sujeto, mayor la inspiración creadora y más evidente la originalidad.

Cuando la malevolencia, por ejemplo, ha dicho que Bolívar empleaba la táctica de los indios —táctica que no se puede estudiar porque no se ha escrito y que no podía haber aprendido prácticamente por no haber luchado contra ellos, como luchó Washington en el Norte y Pizarro en el Sur—, la malevolencia tiene que rendirse a la evidencia, y confesar un instante después, contradiciéndose: "Poseía la inspiración ardiente en medio del combate".⁵

Analizando la obra guerrera de Bolívar dice también el mismo crítico e historiador militar: "El instinto preside a los combates y la inspiración a los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses."⁶

Con un poderosísimo don de asimilación, extrae lecciones prácticas de toda experiencia, propia o ajena: "es sorprendente cómo Bolívar absorbía y hacía suya la experiencia y las demás cualidades de sus tenientes y cuánto aprendía en la escuela práctica de la guerra".⁷

Es verdad: lo que entra en su espíritu, como lo que entra en el estómago del avestruz, queda convertido en sustancia propia.

Pero hay cosas de guerra que ni aprende por observación, ni parece que estudia y las sabe. ¿Cómo? ¿Por qué? Muy sencillamente: por instinto genial y hereditario. El niño Simón Bolívar como todo niño se encontró en la cuna por herencia con la personalidad primitiva, permanente, fundamental, innata. Esta personalidad innata, a base de temperamento y de predisposición, hacia formas determinadas de inteligencia, facilita su tarea ya que coincide con ella. La hubiera obstaculizado de no coincidir.

Aptitudes hereditarias de raza lo predisponían a los riesgos y audacias de la guerra. En él se patentiza el carácter aventurero, improvisador, acometedor del hombre español. Temperamento que ha permitido a España realizar tantas y tan osadas epopeyas. Las epopeyas españolas, casi todas las empresas guerreras de España, individuales o colectivas, se distinguen precisamente por su aspecto de improvisación, de inspiración personal y del

⁵ B. MITRE, *Historia de San Martín*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ L. DUARTE LEVEL, *Cuadros de la historia civil y militar; Campaña de Nueva Granada*. Editorial-América, Madrid.

momento. Un puñado de catalanes y aragoneses conquista el imperio bizantino; otro puñado de aventureros, los imperios de Méjico y Perú. Todo ello obrando en un hombre dotado de genio personal permite la temprana revelación del Bolívar guerrero, en quien brillan la inspiración y la audacia como artes mágicas. Es decir, decide rápidamente y lo que decide es casi siempre lo mejor; y si no lo mejor desde el punto de los principios, lo que prácticamente conviene más. ¿Que se necesita de una voluntad superlativa para realizar la empresa? No importa. Él la posee.

A esta personalidad innata que le dio gusto y capacidad para la guerra, se agregó luego la personalidad adquirida por el estudio, la observación y la reflexión: la personalidad del Libertador. De ahí que sus primeras campañas —la del Magdalena, la de Cúcuta, la de los Andes de Venezuela en 1813, la de Nueva Granada en 1819— sean todas de inspiración y audacia; y otras más tarde —la de Carabobo, las del Perú— todas de cálculo, de método y de ciencia.

Aun en la campaña de Carabobo tan bien combinada hubo un tropiezo que pudo salvarse por la inspiración del Jefe. El general Páez y sus caballerías desembocaron en la sabana de Carabobo, más abajo de donde debían de haber desembocado para coger al enemigo por retaguardia o de flanco. Pero se libró una orden fulminante y la Legión Británica, rodilla en tierra, contuvo a los españoles; y permitió la reorganización de Páez y sus caballerías.

Esto en cuanto a la guerra.

En cuanto a inspiración puramente intelectual, es constante en su vida.

El famoso juramento de los 20 años en el Monte Sacro, en Roma, ¿qué fue sino un raptó de inspiración? Recordad la cálida tarde veraniega, el crepúsculo vespertino, los estímulos de su maestro hacia la libertad, la vista de Roma, los recuerdos históricos, la emoción del joven apasionado y todo queda explicado: Bolívar evoca a los muertos, recuerda a los vivos, suspira por dejar un nombre ilustre como los de aquellos eximios varones que el espectáculo de Roma suscita en su espíritu y produce la romántica improvisación del Juramento.

La recogió su maestro, testigo del raptó apasionado y la trasmitió a la posteridad. No escribió Bolívar el Juramento y mejor está así. Si lo hubiera escrito, o revisado a posteriori, no veríamos tan patente la inspiración. Los retoques o embellecimientos retóricos de los redactores, sobre la realidad palpitante del muchacho, no parece que la hayan mejorado. Por lo demás, no importa. Las doctrinas de Sócrates que nos trasmite Platón, no por ser escritas por Platón, son menos de Sócrates.

La carta de Jamaica (1815), donde se trata de América y de sus distintas porciones, en el presente de entonces y en el porvenir, con una lucidez asombrosa, no pudo jamás ser obra de estudio paciente sino algo adivinatorio, de inspiración, de intuición. Inspiración es la palabra. Algo tan de inspiración como el descubrimiento del Método, por Descartes, en un puebluco, a orillas del Danubio, en una noche de otoño, en 1619.

Se escoge el ejemplo de Descartes, exprofeso. En ninguna obra como en el análisis y previsión de un Mundo político que nace o en el descubrimiento de un Método filosófico parece que debiera haber cabido menos la inspiración genial. Sin embargo, en uno y otro caso es evidente. Bolívar posado en un cuartucho de una hospedería, en la colonia inglesa de Jamaica, el 6 de setiembre de 1815, expatriado, vencido y sin elementos siquiera para documentarse sobre el pasado y el porvenir de tantas naciones de América, describe el

futuro de todas ellas, con una precisión tal que ha podido decirse que el porvenir fue fiel a la evocación del demiurgo y que la evolución ulterior de las naciones americanas ha sido la realización del pensamiento de Bolívar.⁸

De Descartes se sabe que en aquella noche del Danubio sintió repentinamente la iluminación de su espíritu y tuvo conciencia de su Método. En uno y otro caso parece haber obrado con evidencia la inspiración genial.

La inspiración, claro, no se produce en los imbéciles ni en los perezosos. Tampoco en los que no piensan constantemente en lo que desean. Es la culminación momentánea de la llama interior. Casi todos los confidentes geniales han hablado de relámpago, claridad; luz subitánea, en suma. Pero esta claridad y esta visión repentinas —o esta audición de lo que dicta un numen desconocido, como en el caso de Musset y de Mozart— suele ser la floración fulmínea de un viejo germinar de esfuerzos. Es la aparición, a flor de conciencia, del yo más profundo.

En cuanto a la atención, recordemos que Bolívar solía dictar dos o tres cartas a dos o tres amanuenses distintos sin confundirse ni equivocarse, aunque lo interrumpiese cualquiera que arribase de pronto. Él mismo revelaba el vigor de su atención, sin proponérselo, al referir al Coronel Perú de Lacroix, en 1828, lo siguiente:

"Hay hombres —me dijo— que necesitan estar solos y bien retirados de todo el mundo para poder pensar; yo reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido, de las balas... Si —continuó— me hallaba solo en medio de mucha gente, porque me hallaba con mis ideas y sin distracción." (*Diario de Bucaramanga.*)

Los negocios públicos y administrativos de varios países, tan diferentes entre sí, con problemas especiales cada uno y distanciados en el espacio, los tiene presentes cuando escribe y da órdenes en el mismo día a Páez en Caracas, a Santander en Bogotá, a Sucre en Bolivia, a Salom en Guayaquil, a Montilla en Panamá; cuando insta a Cuba y Puerto Rico a constituir Juntas revolucionarias que él pueda ir a apoyar, cuando trata con el gobierno argentino sobre la campaña del Uruguay o con el gobierno de Chile sobre la toma de Chiloé, o cuando propone a Méjico, a Guatemala y a los demás pueblos de América que integren el Congreso internacional de Panamá, o cuando amenaza al dictador Francia, del Paraguay, o cuando mide sus pasos —como en el caso de la guerra contra el Brasil, en pro del Uruguay— en atención a lo que deben estar pensando el gabinete británico en Londres y la Santa Alianza en París y en Viena. (*Bolívar, pintado por sí mismo.*)

La imaginación encendida llega a convertirlo en poeta no ya de acción —que siempre lo fue— sino de la expresión. Basta recordar *Mi delirio en el Chimborazo*. Los problemas más áridos los plantea en la forma en que pudiera un filósofo poeta. Así, por ejemplo, el embrollo étnico de la América dividida en razas y subrazas: "los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos la muerte en nuestro seno, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña".

¿Cómo interpreta a las Américas?

Desde 1813 ve ya a la América de origen español ejerciendo un papel de primer orden en los negocios de nuestro planeta. En 1815 predice el desarrollo ulterior del Continente, pueblo por pueblo, sin equivocarse un ápice. La realidad durante un siglo ha venido confirmando sus predicciones. En 1829 traza de los Estados Unidos, en breves líneas, un retrato político que iba a ser aún más exacta fotografía medio siglo más tarde: "*Los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el Nuevo Mundo para*

⁸ F. GARCÍA CALDERÓN, *Les démocraties latines d'Amérique*, Flammarion, París, 1912.

causar daños a América en nombre de la Libertad". (Carta de 1829 al diplomático inglés Patricio Campbell.)

No sólo sabe para qué sirve cada hombre, sino el daño que puede causar si sus aptitudes no se enderezan por tal o cual camino. Lo sabe mejor que ellos mismos. Lo que en ellos es instinto ciego, es en él conciencia clara. "No deje ir al doctor Peña a Caracas, escribe a Santander —reténgalo en Bogotá con cualquier pretexto; en Caracas puede causar mucho daño." Santander, imprevisivo y miope, lo deja partir y Páez se convirtió en un liberticida, en manos de Peña. Le preguntan un día quién es el jinete que se acerca: era Sucre, todavía irrevelado y joven. Bolívar responde: "Es el mejor oficial del ejército; estoy persuadido de que algún día me rivalizará".

Seguro de sí mismo, consciente de su superioridad, no sólo encomia a todos sus generales y los pone sobre los cuernos de la luna apenas se distinguen un poco, sino que gusta siempre de rodearse de los hombres más eminentes para que colaboren con él, llámense como se llamen, sean de donde sean, piensen como piensen. Ser útil y tener talento son para el Libertador los mayores títulos. Busca sobre todo para la Administración a los civiles e intelectuales. Apenas piensa salir para Costa Firme en noviembre de 1816, escribe al canónigo chileno Cortés Madariaga para que lo acompañe; y, por medio de Madariaga invita a otros hombres civiles de mérito, como Roscio y Castillo. "El sistema militar es el de la fuerza —les escribe— y la fuerza no es gobierno. Así necesitamos de nuestros próceres para el gobierno" (26 de noviembre de 1816).

Repásense sus gabinetes todos: en ellos figuran los americanos más eminentes de la época. ¿A quiénes llama a colaborar? A los mejores. En la diplomacia están Palacio Fajardo, Zea, Gual; en la administración, Peñalver, Restrepo, Unanue; en la guerra Córdoba, Necochea, La Mar, Urdaneta, Sucre. Le sirven a título de intelectuales Olmedo, en Ecuador, Fernández Madrid, en Nueva Granada, Bello, en Venezuela, Vidaurre, en Perú, el deán Funes en la Argentina, Casimiro Olañeta y Don Simón Rodríguez, en Bolivia.

Al chileno Madariaga, al mexicano Santa María, al cubano Tanco, al portorriqueño Valero, a los españoles Jalón, Campo-Elías, Villapol, a todos halaga, de todos se rodea. A Heres lo encarga de la Prensa. A Perú de Lacroix le confía sus secretos. Santander, que como militar valía poco, fue levantado por Bolívar hasta la Vice-Presidencia de Colombia por ser hombre de talento.

Extranjeros o americanos le da lo mismo, como la gente sea útil. Llama a Lancaster a Venezuela, a Bompland a Colombia, se cartea con Humboldt, encomia a Bentham, emplea a Boussingault, que era un miserable, pensiona a De Pradt, nombra Ministro en Washington al español Torres, jefe de un Departamento al inglés general Miller, secretario y primer edecán al irlandés Daniel Florencio O'Leary; y acoge a los oficiales del ejército que se distinguen por su entusiasmo o su bravura o su capacidad, cualquiera que sea su origen: Berzolari de Italia. Sarda de Cataluña, Uzlar de Alemania, Roos de Inglaterra, Persat de Francia, Sobieski de Polonia, Brion de Holanda. No le teme a la superioridad de nadie. Él sabe que es superior a todos.

Posee conciencia clara de su cerebro y de su fuerza. Juicio y voluntad son en él, en realidad, de primer orden. Y es el caso recordar a uno de los pensadores contemporáneos: "un poderoso desarrollo de los centros de juicio y voluntad, he aquí, pues, las bases orgánicas del fenómeno que se llama genio". "En el caso de que el centro de voluntad esté tan extraordinariamente desarrollado como el centro de juicio; si por consiguiente, nos

encontramos en presencia de un hombre que es a la vez un genio de juicio y un genio de voluntad, en este caso podemos saludar a uno de esos fenómenos que cambian el curso de la historia del mundo."⁹

Es el caso de Simón Bolívar, Libertador de América, arbitro un día del continente, máximo adorno del mundo occidental.

El genio es una superconciencia. Una visión clarísima y anticipada de las cosas, una supersensibilidad para presentirlas y una supercapacidad para expresar y exponer lo que todavía duerme en las sombras del porvenir, como la estatua en el bloque de mármol.

Sobre la antevisión de la nueva belleza, que él va a crear, o de la sociedad futura que él va a fundar; en suma, de la realidad todavía inexistente, el genio posee la voluntad y los medios de realización.

Es el realizador, el descubridor, el creador por excelencia. Todo se estrena con él: las palabras, las ideas, las formas, lo desconocido que sabe buscar y encontrar por encima de todas las adversidades, a despecho de todas las limitaciones.

No es una necesidad de las sociedades. Con Colón o sin Colón se hubiera descubierto la América; con Bolívar o sin Bolívar se hubiera libertado. Napoleón no fue necesario para la Revolución Francesa; surgió y culminó sólo al fin. Sin que el genio aparezca pueden realizarse grandes acciones colectivas: la emancipación de los Estados Unidos, por ejemplo; o la revolución de los bolcheviques. Durante la mayor contienda militar que hasta ahora conoce la Historia —y que parece ser el principio del fin de Europa, la guerra de 1914-1918— no apareció entre los directores de pueblos y de ejércitos un solo hombre genial: todos medianías. Jamás intereses tan grandes estuvieron en manos tan pequeñas.

Entonces, ¿inútil el genio? No. El genio es la sal de la Historia. La verdadera y grande historia sólo existe cuando él aparece.

Él es la voz de la raza y su máximo representante. Es un adorno de la Naturaleza, como un gran río, como una montaña enorme. Un adorno; no un exceso: la Naturaleza produce con la misma ausencia de esfuerzo, aunque no con frecuencia igual, un terremoto que un céfiro, y el hombre Simón Bolívar o el hombre Julio César que Perico el de los Palotes.

Cuando el genio falta, la evolución de la sociedad ocurre con regularidad, por lentas etapas. El genio lo revuelve, lo adelanta todo, imprimiendo a su obra un carácter de violenta renovación. Si aparece el superhombre, ya no existe evolución, sino revolución. Lo que iba a ocurrir en un siglo él lo realiza en un año. Su presencia anuncia cambios, novedad, avance; en suma, revolución. Él no se atiene a viejos moldes, sino crea moldes nuevos. Todo en él es de estreno; todo en él es virgíneo. Aun lo viejo, manipulado por él, asume carácter de novedad.

Las ideas, los sentimientos, las obras, todo se dramatiza al paso del genio; todo adelanta con las botas de siete leguas, todo cobra ímpetu contra el querer y el sentir de las mayorías. Las mayorías, arrastradas y seducidas contra su voluntad, terminan por seguir y endiosar al superhombre. Más tarde, por cansancio, reaccionan contra él y siguen el camino a trote de muía y no en alas del huracán.

Este esquema ha sido la vida de Bolívar.

⁹ MAX NORDAU, *Psico-fisiología del genio y del talento*, pág. 191-199, ed. Madrid, 1901.

"Cuando América se cansaba, él no se cansaba", dijo de Bolívar José Martí, uno que podía comprenderlo.¹⁰ Dijo muy bien y dijo la verdad. Esa es una de las características del genio y fue una de las características de Bolívar: no cansarse. No cansarse mientras no haya dado cima a su obra, por encima de todos los obstáculos, en lucha contra los hombres, contra la Naturaleza y contra las adversidades. "Lucharemos contra los españoles, contra todos los hombres, si se empeñan en encorvarnos bajo el yugo, escribió el Libertador en un documento dirigido a las Naciones del mundo, en 1819, con motivo de las amenazas de la Santa Alianza. Algo semejante repitió por escrito en 1822 al Gobernador español de Panamá Sr. Torres, que sin apreciar el momento y sin conocimiento cabal del hombre proponía absurdos políticos, transigencias. En este furioso documento decía Bolívar que lucharía hasta "contra los inmortales" porque América no permaneciese atada a la Metrópoli europea. "Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella", rugió, antes, en el terremoto de 1812 al sacerdote agorero que traducía el terremoto como un castigo del Cielo contra los republicanos independientes. En su empresa no transige jamás. Esto en Bolívar es, repítase, característico.

Luchó, en efecto, contra la naturaleza, contra los hombres y contra los inmortales, pues luchó contra los españoles, contra el Trópico y contra el fanatismo religioso de ignaras y bélicas muchedumbres americanas. Esas muchedumbres carneriles, indignas de la libertad que Bolívar les iba dando, se oponían a ella invocando al Rey, a Dios y a María Santísima, con los gritos de: "Viva Fernando VII"; "Viva la Religión"; y también: "Viva Jesús"; "Muera el traidor". El traidor era el Libertador.

Pero nada podía detenerlo. El rayo ya suelto si es de veras el rayo y no un mero fuego fatuo, tiene que deslumhrar y fulminar por fuerza; la cascada, ya desprendida de las rocas, tiene que caer y romperse en randas de espuma. Él fue voz de una raza y alarido de un continente mudos que no sabían oponer un rotundo "no" a lo viejo; y no sabían lanzar el grito genésico de "sea" a lo que debía nacer.

Bolívar posee las cualidades más finas y agudas del hombre de genio: la inteligencia, el juicio certero, penetrante, en grado superlativo, en grado de superconciencia, la visión adivinadora de lo futuro, la voluntad de realización. Toda su obra es una realización de imposibles, en las condiciones deficientes en que la acomete.

Joven desconocido, oscuro colono español, inicia su carrera. Concibe un pensamiento político que parece quimera: no sólo el pensamiento de emancipar la patria — esto le es común con gran parte de su generación— sino de independizar la América española de un cabo al otro. "El día de América ha llegado", dice y repite desde 1810, hasta 1830. Tal es, el sublime estribillo de su obra. Quiere formar con este nuevo mundo político y geográfico un formidable imperio republicano de nueva cultura, fundado en la libertad y que pueda llevar la batuta en los negocios de nuestro Planeta.

Este grande Estado será "la madre de las Repúblicas, la mayor Nación de la tierra", dice en 1819, convidando con la unión a las Naciones del Río de la Plata.¹¹

Y esa unión la propone, observemos de paso, cuando vencido, exhausto, rodeado de enemigos, teniendo al frente vigorosas expediciones europeas, y la más formidable Escuadra que hasta entonces había atravesado el Atlántico, apenas dispone para poner la

¹⁰ JOSÉ MARTÍ, *Simón Bolívar*, New York, 1893.

¹¹ Carta de Bolívar al Presidente Puigredon, gobernador o Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

planta de una roca ardiente del Orinoco. Pero su convicción de triunfo es permanente. Las adversidades, cosa eventual. Manipula con el futuro como si dispusiera de él. ¿Leoncitos a mí? decía Don Quijote. ¿Qué no cuenta con elementos decisivos para el triunfo? No importa. Él sabe que realizará su empresa aún sin otro apoyo que aquellas hordas de constante indisciplina, centauros que cruzan las llanuras del Río. Él los transformará en ejércitos regulares y eficientes. En 1813, apenas obtenido su primer triunfo, efímero y local, sobre 300 años de tradición, de sumisión americana y de imperio absoluto de Europa sobre América, Bolívar habla ya de una América republicana, unida y fuerte por la unión. Esta América liberal servirá de contrapeso a la Europa reaccionaria de la Santa Alianza y a la futura grandeza y a la futura ambición —que ya Bolívar presiente—, de Estados Unidos. (*Documento de diciembre de 1813.*)

Bolívar habla en ese documento del "Equilibrio de los Continentes".¹² La expresión y la idea las repetirá décadas adelante el Ministro inglés, Canning que propugnó con eficacia por el reconocimiento de los nuevos Estados americanos; y cuya actitud propició la declaración de Monroe.

Bolívar se propone, pues, desde el alba de su carrera, no emancipar su provincia nativa, sino independizar la América Española entera, formar un grande Estado imperial o, de no poderlo, dos o tres fuertes repúblicas confederadas y constituyentes de un imperio liberal y democrático. Y además, dominar, directa o indirectamente, todo aquello. Estas Potencias Federadas con un ejército y una escuadra comunes y una común política exterior servirán de equilibrio a los Continentes, salvarán las ideas liberales, la herencia de la Revolución amenazada por la Santa Alianza de Tronos y Altares; podrán tener a raya en el Nuevo Mundo el imperialismo de los Reyes conquistadores y mantendrán la idea y la cultura latinas contra la probable ambición de un Estado sajón naciente.¹³

No sólo la América latina servirá de contrapeso a Europa y de freno a los Estados Unidos sino que representará un papel directorial en la política del Mundo.

Ese fue el sueño internacional de Bolívar desde antes de cumplir 30 años.

La suerte ha querido que a la América latina le haya tocado representar el papel pasivo y de aislamiento que quiso Washington para su pueblo; y que a la América sajona le haya tocado representar el papel que quiso para su América Simón Bolívar.

Para realizar su ideal político, Bolívar comprende que necesita arrebatar por las armas el Nuevo Mundo a los dominadores europeos y se improvisa militar. Aunque oficial desde su juventud y con el amor de las armas, en realidad no es un profesional de la milicia. Es un aficionado, un militar teórico, sin mucha teoría. Hasta entonces lo han preocupado

¹² El documento lo suscribe uno de los Ministros de Bolívar, Jefe Supremo entonces de la República. Pero evidentemente era del Libertador. Allí apunta una ambición naciente y enorme. El Secretario le dice al Jefe Supremo que es el llamado para imponerse en Sud-América. En aquellas circunstancias de 1813 y en aquel momento, tales ideas parecen, no simples quimeras, sino desvaríos de un delirante.

¹³ Andando el tiempo, Bolívar con vista sobre Méjico como factor de primer orden para su ideal americano y comprendiéndolo amenazado por los Estados Unidos, tuvo el propósito de que, apoyado quizá por Inglaterra, pasase a Méjico a representar allí un papel de primer orden su amigo el general Sir Roberto Wilson (Véanse las Cartas de Bolívar a Wilson). Al mismo tiempo despachó Bolívar a su edecán Bedford Wilson, hijo precisamente de Sir Roberto, para que lo informase detalladamente sobre los Estados Unidos y de la actitud y miras de este país con respecto a Méjico. Las cartas del coronel Bedford Wilson al Libertador pueden leerse —son interesantísimas— en la colección salvadas por el irlandés O'Leary: *Correspondencia de Extranjeros notables con el Libertador*, 2 tomos. Madrid. Editorial-América.

más los vistosos uniformes y la biografía de los héroes que la carrera militar en sí, para lo cual si le sobra autoritarismo, le falta disciplina. Plutarco pesaba en su concepto primero que Montecucoli; la vida de Washington, antes que la estrategia de Federico el Grande.

Sin embargo, este joven oficial, educado en los salones y no en los cuarteles; y que prefiere las letras a las matemáticas, va a realizar una obra militar de las mayores que se conocen en la Historia del mundo. Su teatro de acción, en efecto, se extiende por todo un Continente desde el Océano Atlántico hasta el Océano Pacífico, muchos grados al Sur y al Norte del Ecuador terrestre. La cuarta parte del mundo le deberá su existencia política, directa o indirectamente.

La epopeya dura 20 años. Esa epopeya bolivariana ha sido de más duración en el tiempo y de más amplitud en el espacio que las epopeyas de César y de Napoleón. Y no ha sido Bolívar un conquistador sino un Libertador. "Bolívar, —se ha dicho justamente—, ha recorrido más espacio con las banderas de la libertad que ningún Conquistador con las de la tiranía."¹⁴

Tan larga y transcendental fue la obra guerrera de Bolívar —la emancipación de América por las armas— que la gente suele tomar la obra militar por la obra total de Bolívar, la parte por el todo. Y olvida que la epopeya, aunque tan deslumbradora, fue sólo un episodio en la realización del pensamiento de Bolívar. Precisamente en eso se diferencia el Libertador de los demás caudillos militares de América.

Apenas triunfante en Junín (1824) antes de Ayacucho, el Callao y San Juan de Ulúa, el Libertador convoca a las Naciones americanas en Panamá para federarlas y echar las nuevas bases de un nuevo Derecho Público americano. Por fin logra reunir en 1826 a los Estados Desunidos de América en el Congreso Internacional del Istmo centroamericano. Su propósito es crear un vasto y fuerte imperio, republicano y democrático.

Ha realizado su pensamiento político. Ha completado su parábola. Lo que queda por hacer parece que debe ser obra de los pueblos, de la Diplomacia, del Sentido Común. Si esta obra no se realiza como el héroe la soñó, no es por su culpa. Quien ha fracasado no es Bolívar. Quien ha fracasado es América. La desgracia de Bolívar ha sido precisamente ésa: ser un grande hombre sin gran pueblo.

Reunido el Congreso internacional de Panamá, el héroe ha cumplido como bueno: ha puesto los destinos de América en manos de América. La ha libertado, la ha unido, le aconseja la Liga Anfictiónica, le recomienda y aún otorga leyes fuertes, moral política, gobiernos estables, instrucción pública intensa y el Arbitraje para dirimir sus diferencias. Insiste sobre todo en la creación de una Democracia poderosa, de Estados fuertes, unidos, de cuya suerte internacional decida el tribunal de una Sociedad hispanoamericana de naciones. Hispano-Americana, no pan-americana. El pan-americanismo vendrá más tarde; será otra cosa.

Pero al héroe le sobran bríos. Su obra continental americana no le basta. Quiere desbordarla por encima de los mares. Quiere ir a las Antillas con su ejército y liberar a esas hermanas a quienes el mar ha preservado de la Revolución. Quiere ir al Asia, a Filipinas, y emancipar el Archipiélago. Aspira a más. Aspira a ir a Europa, a la tierra de donde salieron sus abuelos en el siglo XVI, y establecer en España la República, de acuerdo con los liberales españoles, víctimas del absolutismo cruel de Fernando VII. Para la realización de estas nuevas empresas, contrae un empréstito en Londres, compra buques, contrata

¹⁴ JOSÉ MARTÍ, *Simón Bolívar*, Nueva York, 1893.

marinería, reúne una fuerte flota en Cartagena y organiza un ejército de desembarco.¹⁵ Los generales tienen hambre de gloria. Sucre le habla del buen estado del ejército para una empresa ultramarina.¹⁶ Páez espera que el Libertador piense en él para el desembarco en Cuba.¹⁷

Ha realizado Bolívar tantas maravillas, que nada le parece imposible. Está connaturalizado con el prodigio. Su ambición es joven todavía. Su cuerpo, no. A los 45 años su frente aparece surcada de arrugas y sus cabellos encanecen, aunque los pardos ojos lancen todavía destellos magníficos; destellos magníficos aunque no tan luminosos como los destellos de su espíritu.

Todavía puede escribir la Constitución para Bolivia, desbaratar en los campos de Tarqui a La Mar por medio de Sucre y montar a caballo y realizar una marcha de miles y miles de kilómetros, desde Lima hasta Bogotá, desde Bogotá hasta Maracaibo y desde Maracaibo hasta Caracas.

Pero la Revolución ha devorado su juventud. Muere a los 47 años, a la edad en que otros reformadores, apenas empiezan su obra. Es el único hombre que ha podido realizar, en nuestro mundo moderno, el mito de Osiris.

¡Cuántas virtudes de hombre, de pensador y de soldado tuvo que acumular y desplegar para realizar su obra! La primera, la inteligencia. A par de la inteligencia, la voluntad. Luego en grados diversos, la constancia, la astucia, la seducción personal, la flexibilidad, el conocimiento de los hombres, el don de imperio. Como sombras del cuadro, advertimos que se sirve de la mentira política, de la exageración y, en casos extremos, aún del dolo y la crueldad. No se trata de una hermana de la caridad, ni siquiera de un hombre corriente; se trata de un creador de pueblos, en lucha con las más tremendas dificultades. Su moral no consiste en las virtudes caseras del *pater familias* sino en las virtudes públicas del fundador de Estados. Su deber fue crearlos. Su moral haberlos creado.

¿Fue cruel con la Proclama y práctica de la guerra a muerte? Sí. ¿Fusiló cientos y miles de hombres? Sí. ¿Fue doloso alguna vez? Sí. Lo fue, por ejemplo, caso único, cuando la ocupación de Maracaibo, bajo fútiles pretextos, después de haber negociado y suscrito con el Conde de Cartagena, general Morillo y el futuro y caballeresco duque de Torrependo, general La Torre, el tratado de Regularización de la guerra. ¿Son dignas de censura a los ojos de la moral esas y otras acciones públicas suyas? Sí. A los ojos de otra moral, de una moral a la altura de la misión del héroe, son explicables, si no disculpables.

Su moral heroica consiste en cumplir, por encima de todo, su misión, su deber. Su deber era independizar la América. Lo cumplió como bueno. Esto basta. Lo inmoral para él y en él hubiera sido no independizar la América por temor a una censura; o por no fusilar de golpe mil prisioneros como en enero de 1814. Lo inmoral hubiera sido tener por norma exclusiva de conducta la crueldad y por palabra de honor el dolo. ¿Fue su caso? No. Salvo excepciones, salvo casos muy extraordinarios, su moral fue tan exigente como la de cualquier caballero y más que la de cualquier político. Sólo saltaba la barrera, como el caballo de raza, para salvar el obstáculo y seguir adelante.

¡Y qué obstáculos! ¡Hay que recordar lo que era la América colonial del siglo XVIII de donde iba a extraer la América republicana y liberal del futuro! Aquello es un caos de razas, de fanatismo, de sumisión, de ignorancia, de barbarie; de cordilleras y ríos enormes,

¹⁵ POSADA-GUTIÉRREZ, *Memorias histórico políticas*, tomo I.

¹⁶ *Cartas de Sucre*, 1825-1826.

¹⁷ Autobiografía

de desiertos vastísimos, de climas diferentes, de alimañas feroces, de hombres no menos feroces, de razas heterogéneas, de castas rivales, de intereses adversos. Un caos, el caos.

¿Y de qué elementos dispone para realizar su obra? Faltan desde mapas hasta noticias verídicas de América, desde armas hasta dinero, desde tradiciones hasta crédito, desde opinión pública en cada país hasta conciencia continental en todos ellos.

Se ha preguntado: ¿Qué hubiera hecho Napoleón en aquellas circunstancias? ¿Qué hubiera hecho Washington?¹⁸ Lo que nos importa es saber lo que hizo Bolívar. Lo que hizo fue sobreponerse a todas las dificultades y ser superior a la adversidad. Mostrar una inteligencia creadora a la altura de los obstáculos que halló a su paso.

¹⁸ F. LORAIN PETRE, *Simón bolívar*, London, 1910